

AÚN RECUERDO
POR
ANTAÑO

Aún recuerdo, como si fuera ahora, que el día 15 de septiembre de 1956 amaneció muy lluvioso. A causa de la humedad, la cosecha de cereal recién trillada, se perdió en las eras, pues no les dio tiempo a los agricultores ponerlas a resguardo. Ruina para nuestra familia que perdió parte de la recolecta en aquellos días.

Ocupados en estas preocupaciones, mis padres no pusieron mucho interés en atender mi primer día de escuela, así que correspondió a mi hermana mayor la labor, no solo de acompañarme, sino también de soportar, con la dulzura que le caracterizaba, y que todavía conserva, la desazón que me produjo, con la inocencia de mis seis años, separarme de las acogedoras y seguras faldas de mi madre.

Bajábamos, camino de la escuela, por nuestra escarpada calle, llena de barro y piedras, con una especie de pequeña acequia en el centro, un poco maloliente, y que entonces bajaba crecida por las lluvias, aunque, debido a un manantial que afloraba en la parte más alta de la calle, se conservaba viva todo el tiempo. Bajábamos, como digo, mi hermana y yo, cuando, a la mitad de aquella “**costera**”, me derrumbé. Fue como si un precipicio se hubiera abierto bajo mis pies. Gotas de sudor me corrían por la espalda como gusanos babosos, erizándome toda la piel. Al momento, me sobrevino una llorera tan desmedida que a punto estuve de volver corriendo sobre mis pasos y dar al traste con la asistencia a la escuela.

Acompañado de mi mal humor y de la ternura de mi hermana, llegamos a las puertas de la escuela. El alboroto que allí había era descomunal. La excitación y los lloros de los alumnos nuevos se confundían con el griterío de los de más edad. Y allí me quede esperando, completamente desorientado, hasta que el bondadoso maestro, de nombre Áureo nos hizo pasar ordenadamente al interior de la escuela; Áureo grande y feo, así le llamaban los alumnos, por su gran altura, desgarbada figura y pobladas cejas que le conferían un aire extraño, aunque amable. La clase era una habitación con olor a humedad y tiza de colores; llena de pupitres viejos, con sus paredes prácticamente empapeladas de mapas de España, o algo así, porque por entonces yo aún no los conocía y tampoco me interesaban demasiado. También tenía unos ventanales por donde entraba, más que luz, oscuridad proveniente de un lóbrego patio de luces.

Aún recuerdo que pasé el tiempo, como uno o dos meses, entretenido con las primeras letras: a, e, i, o, u, y con el esfuerzo que suponía dibujarlas debidamente; más tarde uniendo dos letras, luego tres; y al final una palabra entera. ¡Fantástica la magia de la escritura! Sin

embargo, yo no estaba contento ni con la escuela ni con los compañeros; ni, por supuesto, con el maestro, al cual empecé a tener clara antipatía, pues mi rebeldía se pagaba con castigos, uno tras otro y todos los días.

Así que, un día, decidí que la mejor solución para acabar con ese tormento era ponerme enfermo y quedarme en cama: enfermar de algo, fuera lo que fuese. Me inventé, pues, una extraña depresión y enseguida dejé de comer y me volví inapetente para todo. Esto se tradujo, inmediatamente, en idas y venidas a la consulta de un médico cada vez más desorientado, sin resultados curativos.

Al pasar cierto tiempo faltando a la escuela, y sin un diagnóstico concreto, el maestro, don Áureo, tomó cartas en el asunto, pues, según decía, un niño en edad escolar obligatoriamente tenía que estar escolarizado. Se reunió con el médico para informarse de mi dolencia. Al no existir impedimento grave, llamaron a mis padres al ayuntamiento y los apercibieron que su hijo, de una manera u otra, debía volver a la escuela o se les denunciaría con la consiguiente multa económica. Así se acabó mi enfermedad. Al día siguiente tuve que volver a la escuela con pocas ganas y mi orgullo maltratado.

La etapa que siguió a este episodio, tan anecdótico, fue más tranquila y productiva. Aprendí a leer y escribir. Aún recuerdo, con cariño, mi primer libro llamado “**Comienzos**”, repleto de cuentos, alguna poesía patriótica y chascarrillos morales. Todavía tengo en mi memoria uno que decía:

“Al colegio de la villa llevó a su hijo un labrador diciendo:

_ Traigo a este tocante a la educación

_ ¿Sabe leer?_ Pregunta el maestro.

_ Ni una letra._ Contesta el labriego.

_ ¿Escribir su nombre?

_ No

_ Entonces, amigo mío, como el trabajo es atroz, me dará usted cinco duros.

_ ¡Ca! No señor. Por ese precio compro un burro.

_ Pues compre usted el burro y con este tendrá dos”.

Aún recuerdo que por aquel tiempo, los norteamericanos, dentro de su famoso “**Plan Marshall**”, enviaron a las escuelas españolas leche en polvo, queso y mantequilla, para paliar nuestra ¿malnutrición? Así pues, en nuestra escuela, nos bebíamos un vaso de leche a media mañana y un trozo de queso o pan con mantequilla a media tarde; el pan y el azúcar lo aportaban nuestras madres. El queso, sobre todo, me encantaba; cortado en precisas cuñas, exactamente iguales, por D. Áureo, era de un sabor parecido al gouda semicurado y, todavía, cuando saboreo este tipo de queso, evoco aquellos años en los que el olor y el sabor de la merienda llenaban esa hora vespertina.

A los dos años de permanencia en esta escuela llamada de pequeños, y después de haber conseguido grandes conocimientos en materias diversas como leer, escribir, sumar, restar, multiplicar por tres cifras y dividir por una, era el tiempo de cambiar a la escuela de mayores.

Coincidieron, al mismo tiempo, el cambio de nivel escolar y el estreno de instalaciones educativas. Un cambio tremendo y fantástico. Pasamos de una clase húmeda con olores a viejo a un aula nueva, moderna y con material escolar atractivo, con grandes ventanales por donde entraba el sol a raudales durante todo el día. También recuerdo que lo que antes llamábamos escuela pasó a llamarse colegio, y el colegio formaba parte de un grupo escolar compuesto por cinco aulas: dos masculinas, dos femeninas y una de párvulos. Un verdadero avance para aquel tiempo.

En este grupo escolar, que era un sueño para nosotros, disponíamos de campos de fútbol, baloncesto y balonmano, así como de jardines y árboles, por todo alrededor del edificio, que cuidábamos los alumnos con esmero.

Cuando vuelvo a visitar mi colegio, donde pasé los últimos años escolares, lo encuentro exageradamente pequeño, como si de una morada de enanos se tratara ¿Tan pequeños éramos? Y me llama mucho la atención que todavía se mantenga en pie el barandado de la escalera, por donde nos deslizábamos, a toda velocidad y de mil maneras diferentes, de un piso a otro.

Después, al término de mi etapa escolar, fui internado en un colegio de la ciudad, pero eso fue otro cuento.